



## LA REVERENCIA

Los sucesivos y vertiginosos cambios, la idolatría de la actividad, la superficialidad y la evasión como actitud vital tan promovida por los medios de comunicación, el consumismo, son tan sólo algunas de las características del mundo actual que más han contribuido al desplazamiento de los valores auténticos —aquellos que se encuentran en la línea de los dinamos fundamentales del ser humano— para ser sustituidos por pseudo-valores como el *poder*, el *tenery* y el *placer*. Es así que el hombre ha ido edificando una cultura cada vez menos humana, una verdadera anticultura, donde su dignidad como persona aparece cada vez más denigrada.

Una de las manifestaciones más saltantes de la primacía de estos pseudo-valores es la pérdida del sentido de la reverencia. El hombre moderno ha olvidado el significado de la reverencia como horizonte de vida, como actitud fundamental de todo aquel que busca hacer de su vida un camino de plenitud.

Quien no vive la reverencia es incapaz de trascenderse a sí mismo, de salir al encuentro de las personas y de la realidad toda. Entrampado en la maraña de su propio orgullo y autosuficiencia, pretende dominarlo todo, se cree con derecho a subordinar a los demás y a las cosas a su propio yo. No deja que los demás irrumpen en él, no permite que las cosas le digan nada, porque está demasiado ocupado consigo mismo. El irreverente carece del silencio necesario para dejar que las personas, cosas o situaciones se revelen ante él en su carácter y valor. No respeta las decisiones de los demás ni su libertad, sino que busca imponerles sus propios deseos. El irreverente es, en última instancia, víctima de su apetito desordenado de *poder*, de su soberbia y egocentrismo.

Por otra parte, la falta de reverencia es también consecuencia de la absolutización del pseudo-valor del *tener* como opción vital. En efecto, para el irreverente las personas y las cosas son tan sólo medios para cumplir sus fines. No le interesa la persona en sí misma, ni tampoco el valor de las cosas, de las situaciones, de la realidad. Se siente con derecho a utilizar a los demás como posesión suya, a manipularlos como objetos de su propiedad.

Los hombres y mujeres que no poseen reverencia son, a su vez, esclavos del *placer*. En última instancia, autolimitan la grandeza y dignidad de su vocación a los chatos y rastreros horizontes de lo agradable, de lo cómodo, de lo placentero. Para la mirada miope del irreverente, las personas y la realidad toda solamente poseen una dimensión: la de lo superficial, lo inmediato, las sensaciones, aquello que me produce diversión o satisfacción. En el horizonte de la persona irreverente no queda lugar para las realidades profundas ni para la contemplación del misterio. Nada sospecha de la hondura de la existencia, del maravilloso significado del hecho humano.

## **POR LA REVERENCIA A LA RECONCILIACIÓN**

**R**ecorriendo el camino de la reverencia, la persona se va liberando de las rupturas que lo esclavizan bajo el seductor pero pernicioso

manto de los anti-valores y que lo mantienen alienado de lo profundo de sí mismo y del recto sentido de sus dinamismos fundamentales. La reverencia nos permite ingresar a una senda liberadora que nos conduce hacia la reconciliación.

La reverencia nos dispone para el encuentro con el Señor Jesús y la acogida de su Plan en las actividades de la vida cotidiana. En efecto, la reverencia nos ayuda a ingresar y mantenernos en presencia del Señor. Viviendo la reverencia coopero activamente desde mi libertad con el dinamismo de la gracia que el Espíritu de Dios derrama en nuestros corazones para hacer de los trabajos y faenas de cada día una liturgia permanente.

La reverencia es condición ineludible para el recto autoconocimiento en verdad y libertad. Por la reverencia el individuo descubre su propio valor, entra en contacto consigo mismo, descubre sus alcances y límites, su pequeñez y su grandeza. La reverencia le permite ingresar en su propia interioridad, porque le da la capacidad de recogerse, de desaparecer de lo exterior, de hacer serenidad en el interior.

La persona reverente no busca acaparar la realidad con su yo, sino que crea, a través del silencio interior, el espacio necesario para que los demás se manifiesten. De esta manera, descubre el valor auténtico de

las personas, aprende a respetarlas y a amarlas por lo que ellas mismas son y no por lo que tienen o aparentan. La reverencia hacia el otro es un aspecto fundamental del amor fraterno. Sin reverencia por el otro no existiría verdadero amor, sino autocomplacencia egoísta, proyectada en el otro. Nada más lejano al verdadero amor que aquel afán posesivo de querer imponer a los demás mis propios gustos, deseos o planes. La reverencia me mueve a valorar la individualidad del otro y por lo tanto a no imponerle nada, a respetar profundamente su libertad, sus derechos y su dignidad.

Además, la persona reverente sabe valorar rectamente y en su verdadera dimensión las cosas creadas. Se aproxima a ellas con el respeto de quien descubre en la creación la imagen de Dios, la huella de su ser y amor.

## REVERENCIA Y APOSTOLADO

Todo apostolado es sobreabundancia de amor, pues nace y se alimenta del encuentro con Dios-Amor y del compromiso profundo con Él. Y como hemos visto, no puede existir verdadero amor sin reverencia. El apóstol reverencia al otro, respeta profundamente su dignidad y su libertad, no busca imponer, procura escuchar antes que hacerse oír, sabe acoger con calidez, es paciente, connatural, no se apega a ningún esquema predeterminado. La reverencia aparece, pues, como actitud

fundamental y condición necesaria para nuestro apostolado.

## MARÍA, LA MUJER REVERENTE

Todo aquel que busca configurarse con el Señor Jesús viviendo la espiritualidad de María, debe poner los ojos en el ejemplo de la Madre. Ella aparece ante nosotros como clave luminosa para vivir la reverencia.

En la Anunciación-Encarnación, la irrupción del mensajero divino la encuentra en reverente espíritu de oración, y con esa misma reverencia acoge la invitación divina. La fineza y profundidad de su reverencia hacia los demás resplandecen de manera particular en el servicio evangelizador y doméstico para con Isabel. María acude con prontitud a atender a su pariente y al mismo tiempo le comunica la Buena Noticia con tal reverencia que «en cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno, e Isabel quedó llena de Espíritu Santo»<sup>1</sup>. Su reverencia y respeto a los demás, su atención cuidadosa de los detalles, también aparecen ejemplarmente en el episodio de las Bodas de Caná, donde percibiendo la incómoda situación para los novios producida por la falta de vino, interviene discreta y amorosamente ante su Hijo Jesús.

---

1. Lc 1,41.

# GUÍA PARA LA ORACIÓN

## 1. Invocación inicial:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

## 2. Preparación:

- a. Acto de **fe** en la presencia de Dios
- b. Acto de **esperanza** en la misericordia de Dios
- c. Acto de **amor** al Señor Jesús y a Santa María

## 3. Cuerpo

- a. **Mente**
  - Medito en el **en sí** del texto
  - Medito en el **en sí-en mí** del texto
- b. **Corazón**
  - Elevo una plegaria buscando adherirme cordialmente a aquello que he descubierto con la mente y abriéndole mi corazón al Señor.
- c. **Acción**
  - Resoluciones concretas

## 4. Conclusión

- Breve acto de agradecimiento y súplica: al Señor Jesús y a Santa María.
- Rezo de la Salve u otra oración mariana.

## 5. Invocación final

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

# CITAS PARA LA ORACIÓN

Reverencia con los hermanos: *Rom* 12,15-16; *1Cor* 8,13; *1Cor* 9,19-23; *1Cor* 12,26; *Gál* 4,12a.

Reverencia en la Eucaristía: *1Cor* 11,27; *1Cor* 11,28-29; *Heb* 12,28.

La reverencia del Señor Jesús es modélica para el apostolado: *Mc* 10,17-22; *Lc* 7,36-38.44-48; *Lc* 19,1-10; *Jn* 3,1-9; *Jn* 8,10-11.

María, modelo de reverencia: *Lc* 1,39ss; *Lc* 2,6-7; *Jn* 2,1ss.